

CUENTO

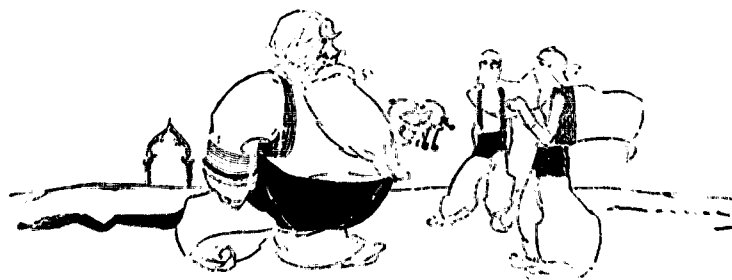
EL VERDADERO FIN
DE BARBA AZUL

S podrá decir cuanto se quiera de Barba Azul. Tendrá tan poco valor como el asegurar que son pocos los hombres que conocen la psicología femenina.

Lo prueba la infantil celada que tendió a su séptima esposa la mañana del día que se ausentó de su castillo con el ingenuo pretexto de que tenía que ir a inspeccionar un campo de su propiedad, cuyos muros estaban en ruinas.

—Señora—le dijo con voz bronca—. Tengo que ausentarme por una semana y es preciso que alguien se ocupe de nues-

Aquí tiene esta otra llave que me mandé fabricar con arreglo a unas fórmulas médicas del doctor Lañuela, para cortar las hemorragias nasales, aplicándola, fría, en la nuca. Y, en fin, escuche bien. Esta es la última llave, pero la más importante de todas, porque es la que abre el célebre «gabinete negro». Ese famoso «gabinete negro», cuya puerta está debajo de la escalera de honor y en el que tantas veces me ha suplicado, inútilmente, que la deje penetrar, y que, por esta misma razón, se puede llamar la «llave del misterio». Inútil es decir que es la única de que le está a usted terminantemente prohibido hacer uso si no quiere usted exponerse a consecuencias graves y, ¿por qué no decirlo?, ¡trágicas! Usted podrá decirme que yo, por deber mío, debía conservar esta llave tan



tro interior. Ha llegado el momento de que haga usted el aprendizaje, bastante descuidado, de dueña de casa. De modo que voy a tener el honor de entregarle mi llavero con todas las llaves del castillo. Esta llave grande es la de la poterna. Esta otra es la de la bodega. El vino blanco está en el segundo estante, entrando a la izquierda. Me hará el favor de no tocar mi barrilito particular, que está a mano derecha, ni a ninguno de los vinos especiales que me manda el señor Mariani, barón de Chartres, de Neully, de San Raphael y de otros varios lugares. Esta tercera llave es la llave de los campos; abre todas las barreras de nuestras doscientas leguas cuadradas de pastos. Esta es la llave de los sueños, que me regaló una bruja. Colocándola debajo de la almohada, se tienen sueños encantadores.

peligrosa que guarda la misma muerte; pero eso sería hacer ofensa a su discreción y demostrarle una gran desconfianza.

«Adiós, querida esposa. Entreténgase en leer los manuscritos de la biblioteca, en jugar al «ludo», en dar paseos con su hermanita Ana, mi querida cuñada; y en los ratos de aburrimiento, a ver si me termina usted de bordar esas babuchas moriscas que desde hace tres años, están siendo la sorpresa del día de mi onomástico, sin acabarse nunca.»

Barba Azul abrazó a su mujercita distraídamente, porque, siendo un hombre voluble, hacía ya dos años que estaba harto de ella y tenía unas ganas irresistibles de cambiarla por otra.

Ya pueden los lectores imaginarse lo que pasó. Apenas Barba Azul, montado sobre

su corcel, se perdió por la última línea del horizonte, le entraron a su esposa unas ganas espantosas de hacer uso de la única llave que le había sido prohibida. Luchó durante varios minutos, pero al cabo de ellos, pensando que nadie se enteraría de nada en el castillo, pues toda la servidumbre estaba ocupada en sus faenas caseras, se deslizó detrás de la escalera de honor y abrió la puerta sobre la cual estaban escritas estas palabras, como dos siglos después habían de escribirse en los postes de los cables de la luz eléctrica: «Peligro de muerte.» El episodio es clásico: Ella lanzó un grito de espanto porque, en la penumbra, alcanzó a vislumbrar seis espectros que no podían menos de ser los cadáveres de las seis mujeres que la habían precedido en el tálamo nupcial de aquel ogro del matrimonio. Los espectros de las seis esposas ahorcadas, desaparecidas todas las seis, una detrás de otra, «sin dejar rastros».

Asustada, dejó caer la pequeña llave en un charco de sangre viscosa, cuyo exámen en los laboratorios modernos hubiera destruido una leyenda.

Seguramente, Barba Azul, a la vuelta, la encerraría con los otros seis espectros colgados en el «Gabinete negro». Después de una hora de haber estado limpiando la llave inútilmente, llamó en su auxilio a su hermana Ana, confiándole el terrible secreto y, por consejo de ésta, enviaron un palomo mensajero, de toda confianza, a sus dos hermanos, que eran propietarios de un castillo próximo, con un mensaje explicándoles todo y suplicándoles que vinieran inmediatamente a socorrerla.

Barba Azul llegó inesperadamente a la mañana siguiente, pretextando que se había olvidado el carnet de identidad, el certificado de Cruzada, el árbol genealógico y otros documentos importantes. Alegando una sed intensa, pidió a su esposa el llavero para bajar por vino a la bodega y echó de ver inmediatamente las manchas de sangre que tenía la llave chica, poniéndose hecho una fiera. Su barba azul, de la que le venía el nombre, se le erizaba horriblemente.

—Tiene usted media hora—dijo a su esposa—para subir a su oratorio del tercer piso a encomendar su alma a Dios, mientras yo voy al molino a afilar el sable de mi padre para degollarla.

La séptima esposa subió las escaleras hasta su oratorio, mientras su hermanita Ana se asomaba a la almena próxima para ver si divisaba a sus hermanos y hacerles señas con el pañuelo de que pusieran a todo galope sus cabalgaduras, porque el caso era urgente.

Es muy natural que, a pesar de lo crítico del momento, la condenada esposa, al mismo tiempo que en la salvación de su alma, y tal vez con preferencia, estuviese pensando en si el palomo mensajero habría llegado con la desconsoladora noticia al castillo de sus hermanos.

Si había llegado y a estos no les había dado la estúpida idea de venir a pié, debían estar ya muy próximos. Así es que, alocada, se asomó a la escalera del torreón y preguntó a su hermana:

—¿Los ves venir, Ana querida?

—Yo no veo más que la hierba del campo—contestó ésta, atemorizada.

—¿No hay nada que hacer!—gimió la condenada. E inconscientemente, como todas las personas que están muy nerviosas, volvió a preguntar:—¿No ves nada, hermana mía?

—Veo una gran polvareda en el camino.

—Será la que levantan sus caballos al galope.

—No. Ahora distingo que es una carreta de titiriteros que va a alguna feria.

—Ya ha pasado la media hora—rugió Barba Azul desde el fondo de la escalera—. ¡O baja usted o subo yo a buscarla...

—¡Aquí están ya!—gritó Ana.

Era verdad. Los dos hermanos, que en lugar del camino real habían tomado por un atajo, entraban en aquel momento en el castillo. Eran dos mozos un poco toscos. Llegados a presencia del marido terrorífico lo ataron como si fuera un salchichón, porque hay que advertir que Barba Azul, además de dejarse sorprender como un infeliz, sin tener la menor noticia de nada, se dejó